

# Borrar la mano

*Gilma Luque*

LA CALLE MARÍA TUDOR PARECÍA PLANEADA, cada metro, cada cal y cada gris. Larga, siguiendo al río como la luna sigue algún camino que no entendemos.

Hoy como ese día hay mucho sol, la calle Tudor suda, sale vapor del pavimento y calla, muere apenas se eleva.

Hoy como ese día es junio y los vidrios miran abiertos, hoy vuelve a ser miércoles y parece que nada es distinto, creo que siguen siendo los mismos niños los que juegan con la cuerda, el perro blanco, todo igual, el sol y sus sombras. Me atrevo a decir que ese roble tiene exactamente el mismo número de hojas porque acaba de caer la de aquella vez. ¿Quién lo dijo? “Un acto una vez realizado se repite sin descanso en la eternidad”. Sí, eso ha de ser, aunque de ese día número veintiuno ya pasaron treinta años, pero ese gato llamado miau o bichu-bichu tiene una cicatriz en la oreja izquierda como aquel gato, el de entonces, y mira aquella lata de hace tres décadas.

El número de grados se repite junto a mis pasos que se evaporan en el camino, es verdad, hasta lo que pienso. El señor Blue-Ekar miraba mis pies ir hacia él con su sombrero grande y el río de fondo, así a lo lejos su sombrero parecía una balsa con hombres de pelo, ¿cómo olvidarlo? Si lo estoy viendo, es de esos hombres que siempre parecen de la misma edad, cuando yo era niño él ya era un viejo, así, no menos ni más de lo que es ahora. Sus hijos lo igualaron, ahora parecen amigos de la infancia.

Su casa es la grande, la número uno y veinte de la calle Soldados Heridos, la única casa de esa calle, la única calle además de María Tudor; su casa ha sido el misterio de esta ciudad sin nubes ni aire. Las nubes, nadie sabe lo que es ese algodón con formas en el cielo y no las añoran, ¿cómo





extrañar lo que no se ha tenido? Blue-Ekar siempre me decía que eso no es difícil, cuando algo te pertenece no puedes morir sin tenerlo, aunque no hayas vivido ni con su sombra, lo decía con su mal español y su pésimo inglés, sin poder evitar el francés con acento marcado que subía y bajaba.

Mi padre murió hace treinta años, fue cuando yo me fui de esta ciudad con dos calles, siempre seca a pesar de tanto río, sin lluvia, nunca agua desde el cielo. Fui a despedirme de Blue-Ekar, entré a su casa por primera vez, todo me parecía tan grande como en una casa de muñecas, los sillones no eran más chicos que un carro, así los veía. Me recibió con gusto, diciendo *Bebe conmigo*, sacó una botella de oporto y comenzó a mecerse, con su sombrero eterno, enraizado, sus guantes negros en pleno verano, en el siempre verano de la calle Tudor.

*Haces bien en irte, a este lugar sólo lo salva la noche*, eso fue lo que dijo. Todos en la calle y hasta la otra gente, la de pasando el río, pensaban que Blue-Ekar

tenía quemadas las manos, o que quizá no tenía dedos, algunos inocentes creían que tal vez cuando todavía vivía en el norte de Canadá se le congelaron las manos y ya no pudo sacarse los guantes, que en el momento en que lo hiciera los dedos se le irían con ellos.

Yo tenía mucho calor, de ese que abrumba, que no deja respirar, que crispera el pelo y te moja pegajoso, mucho calor como el que tengo ahora, como el que tuve cada día hasta que dejé la calle Tudor.

Era joven y me dejaba impresionar, Blue-Ekar era un hombre alto, con gran barba y cejas pobladas, me miraba mientras hablaba tomando el vaso que parecía aún más pequeño entre sus manos grandes y enguantadas, sudaba por la frente y la ventana abierta parecía cerrada.

Comenzó hablando de sus luchas políticas, allá cuando era joven, ahí en su país, del grupo del que formó parte; yo sabía que todo eso nos llevaría a la historia de sus manos. Como lo sé ahora otra vez, y sin embargo espero aprenderlo como si lo ignorase.



Fotografías: Alejandro Arteaga

Tomábamos de ese licor dulce y fuerte que como un rumor se infiltraba en nuestra piel, en el espacio, en el río a lo lejos, hasta que el olor nos inundaba.

El sudor me escurría por la espalda, me pegaba la camisa y las ganas. El calor es como el ensueño: te lleva a otra realidad, te excita hasta enterrarte, te ciega pero no te duerme. Así a lo lejos, pero frente a él, lo escuchaba haciendo uso de todos los idiomas que podía, lo oía como si su voz saliera del río, mojada y un poco ida: *Maybe you piensa que je suis un vieux crazy, mais i dont, todo lo revés, je suis un man que know beaucoup, c'est pour ça, you know, i know much, really, plus que plus...*

Yo no pensaba que él estuviera loco, no más que todos los que habitábamos la ciudad de una sola calle. *Te voy a contar mi historia*, dijo, tal como lo repite hoy, siempre con su idioma de media torre de babel, con su collage de lenguas; sobra decir que la diré con una sola, como la entiendo, así como me la cuenta hoy con el vaso de oporto en su mano vestida, el vaso a medio tomar como allá atrás en esos años.

La historia había sido causa de un complot, de un engaño y un suceso muerto, pues está en el olvido colectivo, lo que impide la reivindicación de Blue-Ekar. Yo me preguntaba entre sus palabras que seguían sonando, ¿cómo era que un suceso olvidado por todos seguía torturando a un solo hombre? Pero volvía a retomar su discurso como un segundo trago de agua, *Nada que no haya ocurrido antes, me mandaron matar a un hombre*. Guardo silencio y miro sus manos. El hombre no sería mayor de 55 años, vendría a mi casa, ya te dije que todo era un complot, él a su vez creía participar en la conspiración, y también tenía que matar a un hombre. Todo estaba perfectamente planeado, yo tenía miedo de tanta precisión, me hacía pensar en destinos griegos o azares babilónicos. simplemente tenía que esperar a que aquél hombre me buscara y entonces continuar con el plan, todo estaba trazado, parecía un plan hecho a mano, y no me creerías si te dijera cuánto tiempo tardaron en organizarlo, tanto que lo fueron heredando de unos a otros y después a



otros, lo sé ahora: yo sólo era otro heredero, heredero de la espera con un puñal en la mano. Pero yo sería el que terminara con él, ¿te dije que pensé en el destino?

Pensé en él porque mi destino era esperarlo, desde antes de que yo naciera ya sabían ellos que yo lo mataría, y su destino era venir a buscarme y ser muerto por mí, no me creerías si te dijera que inventaron una ciudad para que todo sucediera, pusieron hombres y mujeres a nacer, reproducirse, vivir y morir ahí, les pusieron nombres, trajeron días y noches, todo, querían que pareciera de verdad, hasta hicieron que el tiempo pasara para que ese hombre olvidara que moriría en mis manos, en algo que ni siquiera sería una lucha, cumpliendo su misión. Lo olvidó, ¿ves?, ahí está el engaño, vendría a mí inocentemente y moriría igual. Los hombres no saben para qué está hecha la memoria, creen que para sufrir, para sumarse, para repetir, qué sé yo; la memoria, según los primeros conjurados, sólo estaba hecha para que ese hombre no muriera, pero olvidó, ya te digo, todo era parte de un plan sin lugar para el error. Sucedió, vino una primera vez, pero ese hombre no cumplía con uno de los requisitos, sin embargo se sentó frente a mí con las manos llenas de sangre ya limpia, ya pasada por agua, bebió conmigo, me miró extrañado, sudó como yo lo hacía, él pensaba

que era el sol, ¿sabes que el sol no quema cuando se está a punto de matar, cuando se ha esperado por años a un inocente que te mira sin prisa, hasta con simpatía?

Blue-Ekar pasó un guante sobre su frente que llovía como el cielo nunca lo hizo en esta calle de María Tudor, y siguió hablando. *Te lo he dicho, ¿verdad? El plan era perfecto: los segundos, el día, sus pasos, la gente, quizá hasta los sueños. No hay prisa, va a suceder, esas palabras me salvaron siempre; esa vez se fue el hombre sin ningún rasguño, sin ningún temor, y se reanudó mi espera, no sé cuantos años de días iguales, pero llegaría, siempre sucede lo que es destino.* Se detuvo y sirvió más oportó en su vaso, me miró, y yo ahí recordando lo que ya seguía, las palabras que venían, otra vez la misma historia, como me la contó aquella vez, como me la cuenta ahora. *El suceso muerto está aquí en el olvido colectivo de los habitantes de María Tudor, tan atontados por el sol que fue pensado con ese fin, ¿sabes? aunque todavía no sucede ya lo olvidaron.* Ahora Blue-Ekar se quitará un guante y tomará un cuchillo que duerme bajo su mecedora. *Recuerdo esto ahora que sucede, y recuerdo mi crimen de hace treinta años, maté a mi padre porque era parte del complot como mi muerte lenta bajo el sol sin agua de esta mi ciudad planeada, y todavía alcanzo a ver cómo Blue-Ekar borra su mano cuando la viste otra vez; está llorando.* ■